

# Karl Barth, alumno y maestro

por Rainer Sörgel

## 1. Aproximación: la ambigüedad del genio

Con Karl Barth pasa como con todos los genios: el aura de su persona, que con el tiempo suele convertirse en un mito, está acompañada de diversas ambigüedades. Por esta razón, no será fácil dibujar en la brevedad requerida por este artículo un retrato que sea fiel a la historia. Fue uno de aquellos personajes que, por un lado, recibían el elogio acrítico de parte de sus incondicionales simpatizantes y discípulos, pero, por otro lado, también eran criticados vehementemente por sus opositores más antagónicos. Es muy difícil acercarse a ellos sin tender hacia uno u otro lado, por lo cual todos los testimonios biográficos —el presente incluido— no dejan de ser relativos. Haremos bien en seguir el consejo de Hans Urs von Balthasar, quien decía que nadie debe caer en la trampa de pensar que con Karl Barth y los problemas planteados en su teología se pudiera acabar fácilmente.

Los perfiles de su personalidad, tratados en diversas obras publicadas, abarcan tanto los retratos de aquel teólogo alegre que, fumando la pipa y escondiendo su pequeña —y algo torcida— figura detrás de la desmesurada cátedra, atraía multitudes de oyentes de todo el mundo que seguían atónitos la exposición de su teología, tan revolucionaria en su tiempo, y que quedaban cautivados por las presentaciones de un defensor radical de la teología de la revelación, y cuya actitud de aferramiento y testarudez parece insuperable. Ciertamente, Barth fue un amante de la vida y un inconformista; fue tanto un artista como un crítico; su carácter lucía alegría y humor, pero también una profunda seriedad. Fue un teólogo y profeta que en su tiempo representaba una de las más interesantes y atractivas fusiones entre lo divino y lo humano.

En este artículo pretendemos conocer a Karl Barth tanto como en su función de aprender como de enseñar, o sea como alumno y maestro. Evidentemente, la exposición no sería completa si no termináramos con Karl Barth convertido en escuela teológica.

## 2. Karl Barth, el alumno

Karl Barth nació el 10 de mayo de 1886 en Basilea como hijo del pastor y más tarde profesor en la universidad de Berna, Johann Friedrich Barth. Con lo cual, la teología ya se le había metido en la cuna. Nació en medio de aquel tiempo en el que la teología li-

beral se encontró en la cima de su desarrollo, aunque lo cierto es que Barth no tuvo mucho contacto con ella durante los años de su juventud, debido sobre todo al colegio al que asistía. En él se desarrollaban las clases de religión enfatizando un cierto positivismo bíblico, de lo cual fue responsable ante todo su propio padre, pues trabajó en aquel colegio como maestro de religión.

Barth mismo no era precisamente lo que podría llamarse un empollón. Eberhard Busch dice que a Barth nunca le gustaba ir al colegio. Más tarde, Barth también fue alumno en el instituto libre (Freies Gymnasium), al cual —según sus propias palabras— ni el diablo le haría volver.

Más interesante todavía es el Karl Barth estudiante de la teología. Entre sus profesores se cuentan nombres de los más reputados de su tiempo: el Nuevo Testamento lo aprendió bajo Rudolf Steck, quien como representante de la escuela de Tübingen cuestionaba rotundamente la autoría de todas las supuestas cartas de Pablo. También tuvo a Hermann Lüdemann, quien seguía a Kant y al positivismo, definiéndose a sí mismo como «empírico-crítico» y que describió la conciencia religiosa como el «agujerito» por el cual miramos hacia lo trascendente. La historia nos enseñará que Barth mismo miraría más tarde por un agujerito bien diferente.

Una vez Barth llegó a ser estudiante experimental, disfrutando la buena cerveza y convertido en alegre fumador, cambió a la universidad de Berlín. Entre otros pesos pesados de la teología, tuvo de profesor a Adolf Harnack, del que Barth no apartaba su oído. Barth llegó a ser partidario de la teología liberal. Más tarde escribiría en algunos de sus apuntes sobre Rudolf Bultmann y la polémica acerca de su programa de desmitologización que, como joven estudiante, él ya había fumado un tabaco mucho más fuerte.

Hasta entonces, Barth había sido un estudiante que para nada hubiera llamado la atención. Pero nuestro interés por él despierta cuando observamos cómo Barth reacciona a todo lo que ocurrió en su época. Barth fue un alumno crítico con pensamiento propio. Más tarde se presentó en una ocasión como pensador liberal en el sentido de que se había tomado la libertad de mirar por todos los lados, leer todo tipo de lecturas, moverse en la historia de la Iglesia libremente

para comprobar y desarrollar finalmente aquella teología que, en su opinión, fuera la más adecuada y la que más se correspondiera con la revelación de Dios en Cristo.

El retrato del alumno Karl Barth nos enseña un personaje que participaba activamente de los acontecimientos de su época, siempre buscando e investigando una posible respuesta desde el evangelio. Barth, como estudiante de teología, se nos muestra un joven caballero que no solamente estaba convencido de la causa de la teología, sino que además se entregaba totalmente a ella. Para nada le convencían la obtención superficial de unos conocimientos y términos que había que manejar de alguna manera; su intención siempre fue la de penetrar en el fondo de las cuestiones, descubriendo la esencia de los problemas y sus misterios. Como teólogo fue un pensador que no cedía ante el pragmatismo, sino que defendía y practicaba el derecho a la reflexión por sí misma.

Cuando en 1911 inició su ministerio pastoral en la pequeña localidad de Safenwil (Suiza) todavía era totalmente desconocido. Poco después vino la Primera Guerra Mundial, y con ella una gran desilusión para la teología liberal y el optimismo que a finales del siglo XIX todavía impregnaba aquella cultura. Las respuestas tradicionales ya no eran suficientes. Hacía falta comenzar de nuevo con la teología. Barth sentía de alguna forma que se debería volver a plantear la pregunta por Dios de una forma más radical que en la época anterior. Hacía falta escucharle, oír su palabra, prestar atención a su revelación en Cristo y pensar desde este epicentro.

En concreto, fue el concepto del Reino de Dios el que condujo a Barth, dando un rodeo por la teología liberal y los problemas religioso-sociológicos, hacia lo trascendental-bíblico. Por aquellos años, Barth estaba convencido de que la teología tenía que buscar un nuevo camino, pero todavía no tenía muy claro cuál y cómo podía encontrarlo. Semejante a un alumno de primera clase comenzó a sentarse bajo el manzano de su jardín, acompañado por su pipa, su pluma y su Nuevo Testamento griego, para dedicarse a comentar la carta del apóstol Pablo a los romanos. Lo que en principio fue un ejercicio de reflexión, se convirtió en la publicación de un libro.

La primera edición de este comentario de 1918 todavía estaba revestida de cierto platonismo, de una hegelianismo teológico de derechas y del socialismo religioso. Aun así, ya había encontrado la nueva orientación principal. Walter Kreck la resume de la siguiente manera:

...que Dios sólo puede ser conocido por Dios mismo, pero se nos da a conocer realmente en Jesucristo, su palabra de un irrevocable «sí» a favor del hombre, y de un «no» disciplinante que está al servicio del «sí».

El potencial de aprender de Karl Barth también se demuestra en que supo aguantar y responder positivamente a la numerosa crítica que la primera edición de su comentario había recibido. Tres años más tarde presenta una nueva edición con considerables revisiones.

Durante toda su vida, Barth siguió siendo siempre un alumno a su manera. Como tal, constantemente estaba buscando un interlocutor, un amigo y compañero con el que poder intercambiar ideas. Aprender significaba para Barth mantener una mente receptiva, conversar abiertamente con sus amigos y practicar la lectura. Con estos propósitos, pasaba los veranos en el «Bergli»: una casa de madera en los Alpes que pertenecía a su amigo Pestalozzi. Ahí se leía durante semanas y meses los gruesos volúmenes de los diversos teólogos. Aprender significaba para Barth la asimilación del extra nos, la búsqueda de objetividad, y algo también muy práctico: «exégesis, exégesis, exégesis...»

### 3. Karl Barth, el maestro

Mientras tanto, Karl Barth se había hecho famoso por su polémico comentario sobre la carta a los Romanos. Ésta fue la causa de su vocación a la cátedra de teología sistemática en Göttingen, y que se puede considerar el inicio de su vida de maestro. Como no se había doctorado, le costaba todo un esfuerzo prepararse para sus clases. Dicho sea de paso, Barth nunca se doctoró, pero coleccionó a lo largo de su vida un total de doce bonetes de doctor que diversas universidades le había otorgado. A menudo ocurría que la clase que tenía que impartir a las 7'00 horas de la mañana, la había acabado de preparar entre las 3'00 y las 5'00 horas de la madrugada. Como catedrático, Barth seguía las líneas pedagógicas de su época, es decir, fue autoritario y contundente. Uno de sus estudiantes me contó que no estaba dispuesto a discutir con sus alumnos; había que hacerle caso. Sin embargo, nos quedaríamos cortos si sólo viéramos a Barth como maestro en cuanto a su cátedra.

Barth también fue un maestro en cuanto a haber dejado al mundo una obra voluminosa de 13 tomos (9000 páginas), contando solamente su *Kirchliche Dogmatik* (Dogmática de la Iglesia). Sus obras completas abarcan unos 70 tomos. No cabe duda: Barth fue un maestro muy metódico, trabajador y exigen-

te. Todo aquel que se ocupe de Barth no solamente lo va a experimentar, sino que también lo va a sufrir. Apenas hay parangón de un pensador que pueda cautivar la atención del lector durante docenas y cientos de páginas desarrollando un sólo pensamiento, sin apartados ni subtítulos. Nuestros actuales sistemas formativos prácticamente no ofrecen ya la dedicación necesaria para un estudio de tal índole. Sin embargo, Barth es un maestro que recompensa a sus alumnos pacientes y perseverantes con la alegría de haber recorrido caminos desconocidos y la experiencia que Hans Urs von Balthasar describe de la siguiente manera:

La teología de Barth es hermosa. En el sentido literario, porque Barth escribe bien. Escribe bien, porque reúne dos condiciones: pasión y objetividad. Pasión por la causa de la teología, y objetividad como un estar sumergido en su objeto: la revelación de Dios en Jesucristo.

Según Balthasar, Barth contradice la tesis de Kierkegaard de que entre lo estético y lo religioso-ético existe una separación. La Kirchliche Dogmatik de Barth es comparable a una composición de Mozart. Está repleta de bondad y humor, abundan el gusto y el ritmo. Resuena algo de la soberana serenidad que indica que su autor está totalmente convencido del triunfo de la fe. De hecho, la música de Mozart acompañó al teólogo suizo durante toda su vida.

A su manera, Barth fue un estético, alguien que sabía apreciar todo lo bello y hermoso, alguien que amaba los placeres de la vida y la vida humana misma. Y todo esto sin disolver la dialéctica entre criatura y Creador, sin liquidar la diferencia entre el «sí» y el «no» divino.

Barth también fue un maestro de la sociedad, un profesor público. En principio fue pacifista. Pero frente a la inminente amenaza del nacionalsocialismo alemán, el catedrático ingresó voluntariamente en el ejército suizo, queriendo demostrar que ante Hitler había que resistir, si hacía falta, con las armas. Más importante fue, seguramente, su actividad ejemplar y su decisiva iniciativa en el movimiento de resistencia de la «Bekennenden Kirche» (La Iglesia confesante). Cuando ésta se había reunido el 16 de mayo de 1934 para celebrar su sínodo general en el restaurante del «Baseler Hof», en un Hotel en Frankfurt, fue Barth quien redactó el borrador para la famosa «Declaración de Barmen». A modo de anécdota, anotó en su diario:

Mientras que los dos luteranos se dedicaban a una amplia siesta de tres horas, yo estuve redactando, con la ayuda de dos cigarros brasileños y un café fuerte, el texto de los seis puntos.

En fin, Barth fue un maestro en el sentido de que durante toda su vida se había dedicado a la resistencia frente a los postulados de la «analogia entis» (analogía del ser) en todas sus diferentes versiones, sean de talante católico, protestante o pietista. Karl Barth había declarado la guerra a todo intento de comprender la revelación divina en otros términos que en una «libre auto-revelación» de parte de Dios mismo. La revelación divina no podía ser para Barth, sino el «relámpago que viene desde arriba y cae hacia abajo». Barth enseñó a sus contemporáneos que el pensamiento teológico debía comenzar de una forma radical desde Dios mismo. En ello, Barth fue muy estricto, casi demasiado. Por lo menos, éste es el mal sabor de boca que el gran profesor de los reformados suele dejar en sus alumnos. Si no fuera por su carácter amable y humano, su mente abierta y cercana y el genio de su persona, el plato que Barth ofrece probablemente sería más indigesto.

#### 4. Karl Barth, convertido en escuela

En este breve recorrido hemos conocido a Karl Barth como alumno y maestro. Pero nos quedaríamos cortos, y no haríamos justicia a la historia de la teología, si entendiéramos al teólogo suizo solamente en estos términos. Más allá de ello, hemos de constatar que Karl Barth también se ha convertido en escuela. O mejor dicho, Karl Barth ha resucitado, ofreciendo una genial y actualizada continuación, la antigua escuela de Pablo, Agustín, Lutero y Kierkegaard. A lo mejor es una escuela que uno finalmente no va a seguir, pero desde luego es una escuela cuyo recorrido parece imprescindible.

Siempre y cuando incurrimos en el error de humanizar a Dios en exceso, siempre y cuando el hombre se auto-diviniza, cada vez que se difumina la diferencia entre criatura y Creador, cuando se comienza a abstraer, es decir, cuando se habla de Dios sin referencia a aquel que se reveló en el hombre Jesucristo, y siempre que se corre el riesgo de rebajar a Dios a las meras posibilidades humanas... entonces, Barth vuelve a ser importante, entonces aparecerá su radical «¡No!» respecto de los intentos humanos de apropiarse de Dios, y entonces hará falta volver a su escuela.

#### 5. Conclusiones

Hemos visto en el alumno Karl Barth que nuestro predicar y pensar teológico ocurre dentro de un contexto sociológico y eclesial concreto al que hemos de contestar de alguna manera. Karl Barth, el maestro, nos enseña que la causa de Dios, en teología y en la proclamación de la palabra, merece toda nuestra dedicación y esfuerzo. Además, debemos cuidarnos de

convertirlo en algo aburrido, teórico, rutinario y alejado de la vida, porque la teología es hermosa. Finalmente aprendemos del Barth convertido en escuela, que no podemos ni predicar ni hacer teología sin escuchar a nuestros maestros con los que la historia nos ha provisto, según Barth tanto a los ortodoxos como a los herejes, para que no seamos condenados a tener que repetir los errores de ambos.

---